

mada, sobre la cual pone una cuarteta llena de finezas que expresan su cariño.

La joven piensa arrojar al pasar la bolsita en el suelo del pabellon en que Pe-ming-chon estudiaba, ó mas bien pensaba en ella. Para salir con su empresa, le es preciso pasear por el jardín; Sao-man tiene vivísimos deseos de ello, pero no quiere confesárselo á la camarera con la cual, por el contrario, habla del río Ho y del río Lo, de Fo-hi, de Confucio, de Mencio y del éxtasis en que cae cuantas veces lee algun libro.

Pero la astuta camarera la encarece las delicias de un paseo en una noche serena, y entre calles de flores; por lo cual las dos muchachas corren á jugar por el jardín y Fau-su canta: « Las piedrecillas de nuestros cinturones se agitan con animoso choque; nuestros pequeños piés semejantes á una ninfea de oro huellan blandamente la tierra (bis). La luna brilla sobre nuestra cabeza al mismo tiempo que pisamos el verdeguante musgo (bis). La frescura de la noche penetra nuestros ligeros vestidos. »

Pe-ming-chon las escucha y responde cantando sus amores á la guitarra. Suspira Siao-man al oírle, y dice melancólicamente: *Las palabras de este joven entristecen mi corazón*; pero la camarera, ya riéndose, ya asustada, deja astutamente sola un instante á su señorita, que se aprovecha de él para arrojar la bolsa perfumada y marcharse. Pe-ming-chon la encuentra, y lee la cuarteta; y conocedor profundo de los versos, comprende todas las sutiles intenciones de Siao-man. Las ninfeas que ella bordó le hacen comprender el deseo que tiene de casarse con él. Tanto se enamora que cae malo; la camarera va á verlo y le reprende un poco: « ¿ No habéis oído decir á los buddistas que la apariencia es el vacío, y que el vacío no es mas que la apariencia? ¿ No conocéis aquel pensamiento de Lao-seu: *Los cinco colores hacen que los hombres tengan ojos y no vean; los cinco sonidos hacen que los hombres tengan oídos y no oigan*? Confucio mismo no dice: *¿ Estad prevenidos contra la voluptuosidad?* »

Pero Pe-ming-chon la conmueve en su favor: « Tened piedad de mí: si dirigís bien este casamiento, yo os trasmigraré en un perro ó en un caballo para que nos sirváis en otra vida... »

La camarera, convencida con tan fuertes argumentos, lleva una carta á su señora, la cual al recibirla aparenta gran cólera; sin embargo la lee, y amenaza con castigos á la camarera que la deja hablar, enseñándola despues la bolsita de las ninfeas, y se complace á su vez en amenazar y atemorizar á su señora; por fin defiende la causa del deseoso bachiller, y concluye diciendo con los filósofos: *Mas vale salvar la vida á un hombre, que levantar una pagoda de siete pisos.*

Siao-man se resuelve á escribirle una respuesta en verso, dándole una cita para la noche. Pe-ming-chon fuera de sí, mientras la espera, canta una canción caprichosa. « En tiempo

» del emperador Yao habia diez soles; nueve
» cayeron bajo las flechas que Y-eu supo dis-
» parar con destreza desde la cumbre del monte
» Kuen-lan; uno solo permaneció, y ese eres tú,
» tú que vienes por la mañana y te ocultas por
» la tarde... si te irritas, de repente haces apa-
» recer nubes al Oriente y al Mediodía, y densas
» nieblas al Occidente y al Septentrion... ¡ Pér-
» fido sol! Que no sea yo Eu-si para traspasar tu
» brillante disco, y hacerte caer en tierra! »

Mientras canta esta extraña fantasía, aparece Siao-man reconviniendo y aun pegando á la pobre camarera que la conduce allí. Pero, ¡ ah desgracia! llega la madre, se encoleriza, y dirige una fuerte reconvencción á su hija, á la camarera y al joven letrado. Este, por conseguirla, determina volver á entrar en concurso, porque siendo licenciado ninguna hermosa, ni ninguna madre le resistirá. Esto mismo le aconseja la camarera que se muestra muy cuerda cuando conviene.

El amor le inspira; de tal modo que compone un discurso para el certámen, que solo puede compararse al esplendor del sol. El presidente del consejo de magistratura, admirado, llama á la Mediadora de los magistrados, venerable matrona, cuyo oficio es respetado en la China, donde todos los casamientos se hacen por medio de mediadores, y la manda que lleve á cabo la union de Siao-man con el primero de los licenciados; y la camarera se complace en ver á los dos amantes que llegan al cumplimiento de sus deseos por la voluntad imperial y por la omnipotencia de los grados académicos.

CAPÍTULO XXXII

Costumbres chinas.

Así, pues, lo mismo en China que en Grecia, el arte dramático nos revela las costumbres y vida del pueblo, porque este arte es enteramente nacional, nos lleva á lo interior de las casas, adonde no han podido penetrar ni aun los mismos misioneros, y nos instruye hasta de los mas pequeños intereses de la familia. Él nos muestra su vida acompasada é inmutable, su larga cadena de subordinación, su amor mas bien pueril que grande á lo bello, sus indispensables ceremonias, la doctrina é importancia de los letrados, la impasible seguridad de su dantería, la nada que encubre aquella desnuda elegancia, y todo aquel conjunto que ha sabido resistir á tantos siglos y asimilarse los Bárbaros invasores. La vivacidad griega y meridional está desterrada enteramente de aquel país, en que se afecta obrar siempre con pausa, tiempo y medida. Así saben los Chinos sacar provecho de la viveza de los Europeos, para hacerles caer en los lazos que les tienden con profusión y de los cuales no hay un mercader por astuto que sea que se libre. Ocultan bajo una apariencia pacífica la ira y la cólera mas extremadas: cuando se les ofende, manifiestan no resentirse; pero

tarde ó temprano saben vengarse cuando ménos se espera.

La única cosa en que manifiestan pasión es en el juego, cuyas violentas emociones tanto se adaptan á la índole de gente grosera: ricos y pobres se abandonan á él, y aunque está prohibido terminantemente por las leyes, ponen á una suerte de dados los bienes, la casa y despues los hijos y la mujer. En una compilación hecha en tiempo de la dinastía de los Míng (despues de 1368) se lee: « Algunos han dicho que el juego de ajedrez traía su origen desde el emperador Yao, y que este le habia inventado para instruir á su hijo en el arte de gobernar á los pueblos y de hacer la guerra. Nada está mas distante de la verdad. El gran arte de Yao consistía en la práctica continua de las cinco virtudes cardinales, cuyo ejercicio le era tan familiar como á los demas hombres el uso de los piés y las manos. Él usó la virtud, no las armas, para conquistar los pueblos bárbaros. El arte de la guerra, cuya imágen es el juego del ajedrez, es el arte de hacerse mal unos á otros, y el emperador Yao estaba muy lejos de dar á su hijo semejantes lecciones. El juego del ajedrez no debió de principiar hasta despues de los tiempos desgraciados cuando todo el imperio fué desolado por la guerra. Es una invención muy poco digna de Yao. »

Y en otro lugar: « ¡ Ah! En nuestro siglo algunos, posponiendo el estudio de los King, se entregan con tal pasión al juego del ajedrez, que todo lo descuidan hasta el comer y beber. Si se acaba el día, encienden luces, y continúan; y algunas veces los sorprende el alba antes que hayan concluido el juego. Con este pasatiempo debilitan su cuerpo y su espíritu sin pensar en otra cosa. Si tienen negocios, los descuidan; si se presentan huéspedes, los despiden. No se puede conseguir que tales jugadores interrumpian estos frívolos combates ni por la música mas solemne, ni por el mayor banquete de ceremonia. En fin, en este juego, como en otros muchos, se pueden perder hasta los vestidos, y se gana cuando no otra cosa la rabia, la tristeza y el despecho; ¿ y por qué? por quedar dueño de un campo de batalla que en último caso no es mas que una tabla, y ganar una especie de victoria que no ha dado á ningun vencedor títulos, pensiones ni tierras. Hay en él ingenio, no lo niego; pero un ingenio inútil al Estado en general y á la familia en particular. Es un camino que no conduce á nada. Porque si se examina con cuidado este juego con respecto al arte de la guerra, no hallo en él conformidad alguna con las lecciones que nos dejaron los mas famosos maestros: y con respecto al gobierno civil, mucho ménos encuentro las máximas de nuestros sabios. La habilidad de este juego consiste en sorprender al adversario, tenderle lazos y aprovecharse de sus faltas. ¿ Y se inspira así la buena fe y la probidad? »

Como los pueblos ignorantes, los Chinos son fatalistas. Frecuentes incendios consumen sus

ciudades; mas no por eso cesan de quemar papeles ó incienso, y fumar y disparar fuegos artificiales en las casas de madera y paja; encendido el fuego, creen que la casa está destinada á quemarse, y no se cuidan de apagarlo. Hay algunos libros que refutan esta creencia, pero el pueblo no los lee, y los que han estudiado no los aprovechan. Prueba de la universal superstición son tantos amuletos y talismanes colgados en las casas, entre los cuales los principales son los sables de monedas, esto es, monedas antiguas de cobre, atravesadas por una especie de lanza de hierro á manera de espada con la empuñadura en forma de cruz, que cuelgan á la cabecera de la cama, á fin de que los soberanos, cuyo busto llevan, alejen los malos espíritus ó *konei*, los cuales creen que son los espectros de los que perecieron de muerte violenta, y que vuelven para espantar á los vivos. Cuando vieron por primera vez á los Europeos con cabellos rubios y nariz prominente, cosas tan opuestas á su belleza ideal, las madres y nodrizas se los enseñaban á los niños como ogros ó demonios, dándoles el nombre de *fan-konei* ó demonios extranjeros.

Otro talisman es la cerradura de cien familias: un padre va á buscar á sus amigos y conocidos, y despues de haber obtenido de ciento de ellos cualquier moneda, compra con ellas un adorno en forma de cerradura para suspenderlo al cuello de su hijo, y así las cien personas están interesadas en hacerle llegar á edad madura. ¡ Feliz el que puede obtener escrita de la mano del emperador la palabra *keon*, larga vida!

Por lo demas son económicos, casi avaros: en su casa viven mezquinamente, con arroz, gatos, serpientes, ratas y otros manjares repugnantes para nosotros. No bebían vino antes de la conquista de los Tartaros, pero usaban otras bebidas espirituosas extraídas del arroz; mas en general no se aficionan mucho á los licores, prefiriendo el té, del cual hacen un uso continuo y universal. El mas excelente se reserva para la corte; el de infima calidad para el pueblo, que así puede corregir los malos humores y ponerse en aquel estado de languidez que parece la felicidad suprema. El emperador Kian-lung compuso sobre el té hace un siglo una poesía, en que imaginándose un vaso, en cuyo fondo hay pintadas tres especies de arbustos floridos, dice: « El color de la flor me-hoa no es hermoso sino gracioso; el fo-cheu se distingue por su fragancia y belleza; el fruto del pino es aromático y de agradable color: ¿ cuál de estas tres cosas halaga mas la vista, el olfato y el gusto? Al mismo tiempo poner á un fuego moderado un tripode, cuyo color y forma indiquen grandes servicios; llenarlo de limpia agua de nieve derretida: hervir esta agua lo que basta para volver blanco el color de un pez ó para enrojecer un cangrejo; derramarla en una taza de barro de yué sobre las tiernas hojas de un té escogido; dejarla en reposo hasta que los vapores que de

El té.

» ella salen formen densas nubes y que vayan
 » despues poco á poco desvaneciéndose, sin
 » que quede mas que una ligera niebla sobre su
 » superficie; beber entónces á sorbos esta be-
 » bida deliciosa, es la manera de alejar de nos-
 » otros las cinco causas de inquietud que sue-
 » len entristecernos. Uno puede gustar, puede
 » sentir la dulce tranquilidad que produce esta
 » bebida; ¿ pero quién es capaz de describirla?
 » Alejado por algun tiempo del tumulto de
 » los negocios, me encuentro al fin solo en mi
 » tienda en estado de gozar de mí mismo en
 » libertad. Con una mano tomo el fo-cheu
 » que aproximó ó apartó á mi voluntad; con la
 » otra tengo la taza sobre la cual se forma toda-
 » vía la hermosa nube de tenues vapores; á in-
 » tervalos sorbo el licor y á intervalos observo
 » el mei-hoa; doy una ligera sacudida á mi es-
 » piritu, y mis pensamientos se dirigen sin fa-
 » tiga hácia los antiguos sabios. Y me figuro á
 » U-siuan, que alimentado tan solo del fruto del
 » pino, gozaba de sí mismo en paz en medio de
 » esta austera frugalidad; y le envidio y quisiera
 » imitarlo; llevo á la boca la tacilla y encuentro
 » grato el licor. Despues creo ver al virtuoso
 » Linfu disponer por su propia mano las ramas
 » del arbol mei-hoa y digo entre mí: De esta
 » manera solazaba su espíritu cansado de medi-
 » tar profundamente sobre los objetos mas prin-
 » cipales. Luego fijo la vista en el arbusto y me
 » parece que las ramas toman con Lin-fu nueva
 » forma. Desde Lin-fu paso á Chao-cheu ó á Yu-
 » chi-uan y veo al primero rodeado de muchos
 » vasos pequeños donde están todas las especies
 » de té, y las pruebo ya la una, ya la otra para
 » variar la bebida: veo al segundo beber con
 » profunda indiferencia el té mas exquisito sin
 » distinguirlo apénas de la bebida mas vil. Su
 » gusto no es el mio, ¿ por qué imitarlos? »
 » Pero ya tocan la diána; se aumenta la fres-
 » cura de la noche; los rayos de la luna pene-
 » tran las claraboyas de mi tienda y se reflejan
 » en los pocos muebles que la adornan: me
 » encuentro sin inquietud y sin cansancio; el
 » estómago está libre y puedo con seguridad
 » entregarme al trabajo. De esta manera y se-
 » gun mi escasa capacidad, he hecho estos ver-
 » sos en la primavera de la décima luna del año
 » ping-yu de mi reinado (1745). Kian-lung. »

Fies-
tas.

Quando ocurren fiestas y solemnidades públicas ó domésticas, bodas, funerales, nacimientos, gastan sus ahorros, y se prodiga todo á porfía: los banquetes son servidos con toda magnificencia, y los convidados sentados en el suelo con una mesita particular cada uno, usan en vez de tenedor dos punzones de marfil y ébano, por medio de los cuales con maravillosa destreza y finura llevan á la boca las viandas, que se sirven ya partidas en platos de riquísima porcelana. Todo esto se hace con interminables reverencias y con taciturna gravedad: beben con mesura los licores hasta que principian á hacerles efecto; entónces pierden la moderacion, y se entregan á los mayores excesos. No hay diversion sin can-

tores, músicos y bailarines de cuerda; y el que tiene algunos recursos, añade la comedia.

Pero ademas de la comedia que pudiera decirse aristocrática y de la cual ya hemos hablado, hay un espectáculo particular, chocante y extraño. Por ejemplo, al solemnizar el nacimiento del emperador, un viajero vió venir á la escena la Tierra y el Océano, una y otro acompañados de varias producciones terrestres ó marítimas, ballenas, delfines, rocas y otras cosas por el estilo, las cuales estaban representadas por hombres enmascarados; y despues de girar por bastante tiempo, se colocó una ballena enfrente del palco imperial y arrojó muchos barriles de agua en el teatro. Otra drama representa los eclipses como los explican los Chinos, esto es, la lucha entre la luna y el gran dragon.

Ademas de las fiestas privadas cada país tiene las suyas propias, y algunas son comunes á todo el imperio, como la de Confucio en la primavera y otoño, y la mas famosa aun de principio de año, que dura desde el día primero hasta el vigésimo de la primera luna. En este tiempo están cerrados los tribunales; todo se vuelve visitas, bailes, banquetes y regocijos, y el décimoquinto día el cañon, la enorme campana de Pekin, y los tambores y trompetas de otras ciudades anuncian la fiesta de los faroles. Entónces se cierran las tiendas, cúbrese las calles de procesiones, de incienso y de músicas, de fuegos artificiales de incomparable maestria, y de faroles y lámparas en tan gran número que quizá pasen de doscientos millones, de las mas variadas y extrañas formas, algunas hasta de valor de 12,000 francos, grandísimas, y cubiertas de finísima tela, en la que algunas veces se hacen mover por medio de cordelitos figuras que representan varias acciones, que es lo que nosotros llamamos sombras chinescas. Esto en medio de un ruido de campanas, de músicas, de vivas, que ensordece, como el estruendo de una batalla campal. Todos andan por las calles en estos días; hasta las señoras, siempre retiradas, salen por la ciudad con caprichosos adornos en burros ó en calesines ó carros; todos cantan, juegan, tocan instrumentos, fuman en pipa y se divierten como en carnaval.

Las casas son de ladrillo y madera; y el bambú tan ligero y al mismo tiempo tan sólido, les ofrece un medio de hacerlas elegantísimas: sin embargo, mas buscan la comodidad que la belleza. Sus hermosos barnices hacen brillar en todas partes los muebles, veladores y vasos tan buscados por el lujo europeo (1).

Se permite la poligamia á los grandes y mandarines; pero una sola mujer tiene las preemi-

Habi-
tacio-
nes.Matri-
monio.

(1) En el colegio de las misiones extranjeras en Paris se va formando un museo chino é indio, y se han expuesto ya muchos libros impresos y manuscritos, vestidos y otras curiosidades.

En la primavera de 1845 vi en Londres un magnífico museo chino, reunido en la última expedicion, y en el cual podia verdaderamente verse en resumen toda la vida de aquel pueblo. Otro se enseñó en Paris el año de 46. — En Italia pueden verse tambien algunas cosas en el colegio chino en Nápoles, ademas de la Propaganda de Roma.

nencias de esposa; las demas le están sometidas y no participan de la administracion doméstica. Los matrimonios son estipulados por los padres, sin que ni aun se vean los esposos; pero los padres del novio procuran examinar á la jóven, cuando la encuentran ménos encubierta, y aun en el baño para descubrir si tiene defectos; y despues la compran por cierta suma á sus padres, dándoles ademas vistosos regalos. El día de la boda, la conduce á casa del marido un magnífico acompañamiento de los parientes, amigos y criados, con músicas, guirnaldas, hachones, perfumes y regalos. La esposa va en una hermosa litera, cerrada con llave, que abre el marido cuando llega, y entónces ve por primera vez á aquella con quien debe vivir para siempre. Si no le gusta, la despide algunas veces; si le agrada, la introduce en la sala donde hace algunas reverencias á Tien y á los nuevos parientes, y la deja con las señoras convidadas. Las fiestas están en proporcion de la riqueza ó de la vanidad. Así celebran sus bodas los poderosos; los demas emplean ménos ceremonias, pero el acto de la recepcion es indispensable, cualquiera que sea la condicion de los novios.

Muchos, por ahorrarse el gasto de comprar esposa, van á la casa de expósitos, donde nunca se niega una mujer al que es honrado é industrioso. Allí acuden tambien á tomar un hijo los que no los tienen, fingiendo el embarazo su mujer, para evitar así los largos y costosos procedimientos de la adopcion. Las concubinas son recibidas sin formalidad, dando solo á los padres la suma convenida y prometiéndoles no maltratarlas. Los hijos que nacen de ellas son considerados como si fuesen de la mujer legítima, á la cual solamente dan el título y honores de madre, y participan igualmente que los otros de la herencia del padre. Las viudas de buenas casas no vuelven á casarse; las demas son obligadas á ello por sus padres con el objeto de aprovecharse de su venta. El hombre que queda viudo puede escoger una mujer entre sus concubinas, ó en una clase inferior sin grandes formalidades.

El marido debe habitar con su mujer en la casa paterna, sin disminuir en nada su antiguo respeto á los padres, y el Li-kin asegura que se ganan diez grados de mérito en diez días de perfecta armonía en familia. Son motivos de divorcio la desobediencia habitual, la esterilidad, el adulterio, los celos, esto es, que la mujer no quiera tolerar á otra, los males asquerosos ó contagiosos, el carácter hablador y pendenciero, el hurto hecho al marido para enriquecer á su propia familia, y en fin hasta la antipatia del marido.

Muje-
res.

Las mujeres son siempre esclavas, y las leyes procuran muy poco por ellas. Vendidas por la avaricia á un hombre que no conocen, encerradas y custodiadas por los celos de modo que no ven ni aun á sus mas cercanos parientes, tienen que sufrir la compañía molesta de la que participa del lecho y caricias de su esposo. Si

se embriagan, pierden tres grados de mérito, cinco si juegan á las cartas, y diez descuidando la limpieza ó viendo un espectáculo en día festivo. Si la mujer maltrata al marido recibe en castigo cien palos, y él no es castigado aunque la maltrate: el labrador unce á su mujer con el asno al arado (1); y el marido puede venderla ó jugarla con sus hijos. Casi siempre son mujeres las que dirigen los barcos en los rios, los cuales llevan velas de estera en forma de abanico.

Sin embargo de esto las Chinas son vivas, amables, y aun bellas á su modo; tienen ojos negros, nariz pequeña y cutis suave, si bien en esta parte se descubre aquel perpétuo artificio que destruye la belleza natural. La moda exige que tengan estropeados los piés, de modo que andan solo con los talones, bamboleándose como quien lleva muletas: el color rosado se mira como señal de inmodestia, por lo cual se dan una pintura blanca que les arruga la piel: no se cuidan del pecho ni de las caderas, y así aparecen de una grosura uniforme desde la cabeza á los piés, estando envueltas hasta las manos en mantos de elegantísima finura: y pasan la mañana entera al espejo, peinándose y adornándose con telas y piedras preciosas, para no ser vistas mas que de los de su familia, porque una rica no sale sino encerrada en una litera.

Belleza.

Los hombres, en cuanto á sus formas, varían por la mucha extension del país; pero la mayor parte tienen la piel amarillenta y ennegrecida por el sol. Es muy alabada la corpulencia como indicio de una vida cómoda, y con el mismo objeto de parecer ricos se dejan crecer desmesuradamente las uñas. Se afeitan la cabeza, excepto un mechón en su parte superior; se cubren con un birrete en forma de cono, y tienen siempre en la mano un abanico para librarse del sol. Usan un vestido que llega á los talones, con dos faldas una sobre otra, sujeto con botones de oro: sobre este llevan otro de color, y un tercero cuando tienen que recibir á alguien; en la cintura un estuche con la pipa, el pañuelo y los punzones para comer: así visten ahora; pero los eruditos aseguran que no adoptaron este traje sino cuando se vieron obligados á ello por los Tártaros conquistadores (2).

Hijos.

Para obligar á los padres á dar una educacion esmerada á su prole, las leyes los castigan algunas veces por las faltas de sus hijos. El fin de la educacion es inspirar amor á la virtud y odio al vicio, y enseñar despues las artes y ciencias; y en esto como en otras cosas las leyes y los libros dictan las máximas mas puras; que la amabilidad debe preferirse al rigor; que las convenciones sean semejantes á las lluvias de la primavera, que dan nueva vida á las plantas, y no á las tempestades que las destruyen. Las hijas son educadas por las madres. Cuando

(1) MORISSON, *Diel. Chin. Neoff. Ambassade*, II, p. 50.

(2) Los mandarines (*kuang*), se dividen en nueve clases, cada una de las cuales comprende militares y letrados. Aquellos llevan por distintivo aves y estos cuadrúpedos, diferentes para cada clase; ademas de los botones en el sombrero diversos en forma y color.